

Marc Moreno

**TIEMPO
DE
RATAS**

8.º premio Crims de Tinta, 2017

editorial
MILENIO
LLEIDA, 2018

Todo esto empieza con un tío que tiene que largarse porque se lo quieren cargar. Tiene casi ocho kilos de cocaína en casa y solo ve una salida posible. Si deja la droga en su piso, ya se puede despedir de ella. Si se la lleva, corre el riesgo de que lo pillen con el marrón encima. Así que piensa en el chaval de diecinueve años que vive en la puerta de al lado. Cruza el rellano, llama al timbre y, cuando el vecino abre, le enchufa una mochila negra con los ocho kilos de droga.

—Esconde la mochila debajo de la cama hasta que pueda volver a buscarla. Y de esto, ¡ni una palabra!

El chaval, que es amigo mío de toda la vida, no sabe qué hay en la mochila, pero no es tonto. Todos sabemos que el de la puerta de al lado es un camello, y vende. Incluso la madre de mi colega, que no tiene ni idea de drogas.

Así que duda.

Es la primera vez que habla directamente con el vecino y tiene muy claro que es un tío que no está para tonterías.

—Pero es que, nen, no sé —balbucea el chaval.

—¿Qué cojones dices? ¡Te estoy diciendo que escondas esto un tiempo hasta que vuelva!

—Pero, nen, ¿qué hay dentro?

—No seas idiota, anda. ¡Y guarda esto, joder! Y no me toques las pelotas. La mochila ni la abras. Cuando yo vuelva me la das, y punto. ¿Entendido?

El chico sigue dudando, pero el tono del vecino no admite un no. Sabe que es peligroso y que este tipo de gente no negocia. Coge la mochila sin decir ni mu.

Cierra la puerta.

Va hacia la habitación y, sin mirar qué hay dentro, esconde la mochila negra debajo de la cama. Bien pegada a la pared.

2

U nos meses después, mi colega y el vecino se han reencontrado, pero no es para charlar un rato y tomar una birra. Ninguno de los dos disfruta ese encuentro.

Andreu le suelta una colleja a Eloy que lo deja medio grogui. Le duele el cuello. Eloy se intenta levantar porque piensa que ya ha recibido suficiente, pero Andreu le vuelve a golpear debajo de la oreja con la mano abierta. Ahora sí que nota las cervicales destrozadas.

Se da cuenta que ese hijo de puta no se detendrá, así que será mejor que continúe en el suelo. Y hace un poco de cuento mientras suspira esperando que el otro no lo siga castigando.

Pero no.

Andreu le coge por la oreja izquierda y lo intenta levantar a pulso. ¡Joder, cómo duele que te estiren de la oreja! Eloy prueba a liberarse de manera torpe. El camello le regala dos bofetadas desganadas, una con cada mano y en cada mejilla, y Eloy vuelve a arrastrarse por el suelo de su habitación esperando encontrar la salida.

Ya no finge.

—Hostia puta, eso que me dices es muy grave.

Eloy no abre la boca, a cuatro patas y con la cabeza baja.

—Tan grave que me cuesta creerlo —continúa Andreu—. Así que ya te puedes imaginar, no me iré como si nada.

—Sí, sí, claro —balbucea Eloy.

—¡Calla, joder!

Andreu saca una pistola y encañona la nariz de Eloy, que ha estirado el cuello con timidez para observar el panorama. Le mana sangre por toda la cara debido a los golpes recibidos y se derrota, rendido, hasta fundir los labios sangrantes con el parqué.

Llora.

—Es que me parece increíble que seas tan idiota —brama Andreu.

Gesticula mucho con los brazos. Se pasa la pistola de una mano a la otra. Eloy lo mira de reojo. Aquella pipa es grande de cojones, sobre todo cuando te apuntan a un centímetro de la cara. Una Glock. Todo un clásico, en el barrio. Había oído hablar de ella, pero no había visto ninguna de cerca.

Está bien jodido, Eloy.

Y acojonado.

Tiembla. Llora. Farfulla palabras sin sentido entre sollozos.

—Venga, explícamelo todo de nuevo.

Eloy susurra cuatro sílabas indescifrables. Tiene la boca pegada al parqué, todavía.

Llora.

—Levanta la cabeza, joder, que no te entiendo una mierda.

Obedece.

—¿Qué dices, chaval?

—Nada.

—Serás gilipollas, ¿es que te cachondeas de mí?

—No, no...

La pistola le apunta en la nariz.

—Pues cuéntame de una puta vez dónde tienes los ocho kilos de coca que te dejé para que me los guardases.

—No los tengo.

—Sí, sí, esa ya me la has contado antes, pero no me la trago. ¿Me cuentas otra canción? ¿Sí o no? ¿Qué dices? ¡No te escucho! ¿Dónde tienes mi farlopa?

Silencio.

Miedo.

—¡Habla de una puta vez, gilipollas!

Andreu se aleja un poco y se acomoda en la silla del escritorio de la habitación de Eloy.

—No... no lo sé —dice Eloy.

Vuelta a empezar. La Glock enganchada a la nariz una vez más. La silla ha salido volando cuando Andreu se ha levantado como un relámpago.

—Pero, tío, espabila, que te voy a acribillar a balazos si no recupero la mierda —dice Andreu con resignación mientras arrastra las sílabas—. Esto no es un puto juego. ¡Te dejé la farlopa para que me la guardaras! ¿Lo recuerdas? Solo guardarla. Yo desaparecía un tiempo y tú me la guardabas, joder, después volvía y me la dabas.

—Ha pasado mucho tiempo y...

—Sí, sí, joder, ¡medio año! —estalla Andreu—. ¿Y qué? Han pasado unos meses, ¡medio puto año! ¿Qué pasa? ¿Había fecha de caducidad? No, tío, ¡claro que no!

Andreu le habla a pocos centímetros de la cara. Agachado, casi con las rodillas clavadas en la espalda de Eloy, que aún continúa tumbado en el suelo y bastante más asustado que hace un minuto. Sabe que está realmente jodido.

3

Pero vayamos por partes. Será mejor que volvamos al principio de la historia y os cuente lo que pasa cuando Andreu desaparece y Eloy esconde debajo de su cama una mochila negra con ocho kilos de cocaína.

Hasta que no pasan tres o cuatro días, Eloy no se atreve a curiosear la mochila. Cuando ve los ocho paquetes de droga, se caga encima. Esto va en serio. Mucha pasta. Tanto si alguien le pega el palo y le roba la cocaína como si se presentan los Mossos en casa, la mochila negra es un marrón de los gordos. Y Eloy pasa las primeras semanas con taquicardia, hiperventilación, ansiedad y miedo. Casi no sale de casa. No habla con nadie. Empieza a sufrir paranoia y piensa que todo el mundo sabe que tiene la droga escondida en la habitación. Droga que en la calle se transformaría en una montaña de billetes. Y cada vez que calcula cuánto valen los ocho kilos de coca, se le revuelve el estómago y tiene que ir al baño con urgencia porque sabe que esconde una millonada debajo de la cama. Quizás caga cinco o seis veces diarias. O más. Y la madre, el poco tiempo que pasa en casa cuando no trabaja fregando escaleras, se preocupa por el niño.

—¿Tienes diarrea, últimamente? —pregunta ella.

Y la madre hace arroz para combatir la descomposición estomacal del hijo. Arroz para comer. Arroz para cenar. Hace arroz blanco. Hace paella. Arroz a la cubana. Ensalada de arroz. Y Eloy empieza a estar harto de comer arroz y de cagar en exceso.

Así que, al mes y pico de permanecer encerrado, decide olvidar los ocho kilos que esconde bajo la cama y vuelve a

hacer la vida que habitualmente llevaba hasta que Andreu llamó a su puerta con la mochila en la mano. Vuelve a perder el tiempo con el Mentiendes y conmigo sentados en un banco del parque de la plaza de la Verneda. Su ritmo intestinal vuelve a ser el de siempre y la madre recupera la dieta variada que limita el arroz en la mesa a una vez por semana. No deja de tener miedo a perder los ocho kilos de coca o que los Mossos le pillen, pero lo logra controlar.

Un par de meses después de la fuga de Andreu, Eloy se confía y piensa que el camello ya no volverá. Quizás se lo han cargado los que lo perseguían. O está en prisión esperando juicio. Da igual donde esté. ¿Los ocho kilos son suyos?

No.

Está claro que no.

No hay que ser un lince para saber que no. Y Eloy, aunque no es ningún lumbreras, sabe que no son suyos. Pero cada vez hace más tiempo que Andreu se largó y no hemos vuelto a saber nada de él. Así que una noche de jueves que estamos los tres bebiendo cerveza y fumando afgano en los bancos del parque, Eloy tiene ganas de vacilar.

Pero no es él quien habla, es la priva y el hachís.

Sube a casa un segundo y baja una bolsita casera llena de cocaína. No sé cuánto hay dentro, tal vez un poco menos de un par de gramos, pero el Mentiendes y yo flipamos.

—Hostia, ¿qué es eso? —le pregunto yo.

—Joder, ¿farlopa? —grita el Mentiendes—. ¿Es farlopa? Nen, eres un máquina, ¿me entiendes? ¡Un máquina!

Eloy sonrío con los ojos achinados mostrando una absoluta cara de satisfacción camuflada de indiferencia. Tres pringaos como nosotros, con los bolsillos vacíos, solemos tener pocas oportunidades de comprar cocaína. Y menos si es droga de primerísima calidad, como comprobamos con la primera raya.

—Pero, ¿cómo es que tienes esto? Si no tienes pasta, ¿me entiendes? ¿Tienes pasta o qué?

Otra sonrisa indiferente y una negación con la cabeza. Eloy percibe la admiración que en ese momento le profesamos como suministrador de droga, e incluso el Mentiendes, siempre dispuesto a quedar por encima de todos, no puede ocultar la envidia por aquel par de gramos que nos estamos metiendo.

La última vez que nos metimos unas rayas de farlopa fue cuando me convencieron para vender el anillo de oro de mi madre. Que si era una joya que le había regalado un noviete de joven, que si era un recuerdo, su única propiedad de valor y un millón de tonterías más que puse como excusas y que no colaron.

—A treinta euros el gramo de oro, ¿me entiendes? Charly, nen, con el puto anillo tenemos para comprar unos cuantos pollos —me había dicho el Mentiendes.

Una semana calentándome la cabeza fue suficiente para acabar los tres vendiendo el anillo en la tienda de Compró Oro de la esquina del edificio donde vive Eloy. Llena de gitanos, como siempre. Y nosotros, con los billetes calientes en las manos, pasamos una semana bastante intensa. De fiesta en fiesta y con el Mentiendes visitando cada dos por tres la casa de Andreu para abastecernos de farlopa. Eloy no quería que su vecino supiera que se metía la cocaína que vendía, como si todo el mundo no estuviera enterado ya de que la mayoría de jóvenes de la Verneda nos drogamos con lo primero que se nos pone al alcance, así que mientras el Mentiendes subía a comprar unos gramos, Eloy y yo lo esperábamos en el banco del parque riendo del idiota que le había regalado un anillo de oro a mi madre para patrocinar nuestras enfarlopadas.

Así el Mentiendes tenía la sensación de que todos esnifábamos gracias a él. Siempre tan chulito, dispuesto a vacilar de quién era, de toda la peña que conocía, de las tías que se había follado y, en general, de cualquier cosa que fuera susceptible de pasarnos por la cara. Fuera o no verdad, porque el muy idiota ni ha follado ni se ha metido más mierda que ninguno de nosotros. Pero yo soy demasiado

tranquilo, algunos dicen que incluso un poco tontorrón, para llevarle la contraria a un fantasma como el Mentiendes, y Eloy siempre pasa de enfangarse en discusiones. Pensaba que, si hacía como que se lo creía, el fantasma sería más feliz.

—¡Cabronazo! Hijoputa, ¿de dónde has sacado esto? Y la pasta, ¿me entiendes? ¡La pasta para comprar esta mierda! —le dice el Mentiendes con los ojos a punto de salir de las órbitas mirando fijamente la bolsita de cocaína que Eloy acaba de bajar de casa.

—Contactos —suelta, como el que no quiere la cosa, Eloy.

El Mentiendes y yo seguimos haciéndole reverencias.

—Podríamos llamar a Jessica, a ver si quiere venir a bufar una clecas —propone el Mentiendes.

—Uf, la Jessica —añado yo, mientras muevo la cabeza.

Y es que Jessica está muy buena y todo el barrio le mira el culo, redondo y firme, cuando se cruzan con ella, y hablan de los tetones que gasta cuando pasa por el parque con un escote hasta el ombligo. Pero a Jessica también le va mucho la fatu y todos hemos oído historias que acaban con ella a cuatro patas metiéndose mierda toda la noche mientras algún notas se la folla por detrás. Siempre que el notas lleve tema, claro.

El Mentiendes, que no ha tardado nada en buscar «Jessica» en la agenda del móvil, cuelga y da un par de palmadas enérgicas con las manos tras una breve conversación telefónica. Jessica y Mari salen de fiesta esta noche, han dicho que pasarán por el parque. ¿Me entiendes?

Y Eloy lo entiende perfectamente.

Se siente el rey del barrio, en este momento. Una sensación única que nunca ha disfrutado en sus diecinueve años. Como si nada lo pudiera detener. Como si fuera posible llevar a cabo cualquier cosa que se propusiera. Hincha el pecho y sabe que esa será una gran noche. Ha perdido el miedo y ahora solo piensa en pasarlo bien.

4

Son las dos de la tarde y, después de una noche y una mañana intensas entre raya y raya de farlopa, Eloy se acuesta. Esta vez para disfrutar de lo que hay encima. Del colchón. Ya está bien de mirar debajo, que ha metido la mano en la mochila tres o cuatro veces más durante la noche para esnifar cada vez que le apetecía a Jessica. Y se estira boca abajo con los ojos cerrados, aunque el cerebro le ordena que los abra. La droga que se ha metido por la nariz tiene mucho que ver.

Así que se gira y come techo.

Siente que se abre la puerta de casa. Unos segundos después también lo hace la de su habitación. Es su madre. ¡Qué pesada, esta mujer!

—¿Qué haces aún en la cama, Eloy?

No responde.

—¿Duermes? ¿Aún estás así?

—Estoy petado, mama —resopla él.

—¡Anda ya! Petada estoy yo, que vengo del trabajo y me levanto cada día a las cuatro de la mañana.

Eloy se levanta de la cama sin mirar a su madre y, mientras cierra los ojos como si la luz le molestara, busca un paquete de kleenex. Encuentra uno en la mesa del ordenador. Se suena con estruendo y libera los orificios nasales de los restos de cocaína que aún tiene enganchados entre los mocos.

La madre ríe.

—¿Estás resfriado?

—No. Será la alergia.

Se vuelve a sonar, aún con más fuerza. Las fosas nasales se empiezan a destapar tras la intensa actividad farlopera de la última noche.

—¿Y tu padre?

Eloy se encoge de hombros. No responde.

—Seguro que está en el bar. Como siempre. Y volverá borracho para cenar y no querrá cenar lo que he hecho y...

Eloy resopla y se frota los ojos. ¡Calla, mama! Intenta respirar y lo consigue con más facilidad que antes de sonarse con el kleenex. Vuelve a la cama.

—Lo que tiene que hacer tu padre es encontrar un trabajo ya, que se piensa que podemos vivir eternamente de lo que gano yo matándome a trabajar.

La mujer empieza a ordenar la habitación mientras refunfuña. Retira un par de latas de cerveza de la mesa del ordenador. Coge un puñado de camisetas de la silla. Maldice su suerte, a pesar de los intentos de no pensar demasiado y la promesa que se hace cada noche de tratar, siquiera, de salir adelante y continuar viviendo ajena a la desgraciada vida que la hunde en aquella cueva que, falsamente, consideran el hogar familiar.

—¿Eso es para lavar?

—Sí.

—¡Pues a la lavadora, Eloy! Madre del amor hermoso, no paro nunca por casa y vosotros, que estáis todo el día aquí, no pegáis ni golpe.

—¡Siempre con la misma canción, mama!

—Es que no haces nada, ni tú ni el papa.

—Tu marido para poco por casa.

—Mi marido para demasiado por el bar, cerveza va cerveza viene.

Director de la colección: Sebastià Bennasar

© Publicado por acuerdo con RBA Libros, S. A.
© del texto: Marc Moreno Martínez, 2017
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2018
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: enero de 2018
ISBN: 978-84-9743-805-6
DL L 13-2018
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.